

países, no olvidando nunca que estamos en los inicios del traspaso de la indagación científica para la dirección de acciones políticas. Marx y Engels apenas han podido liberarse de la influencia de demócratas humanitarios y filántropos que se adaptan difícilmente a la nueva concepción. Todavía en 1845 han rechazado entrar en la Liga de los Justos, por la «tendencia a convertir el comunismo en cristianismo» (así, bien deglutida un siglo después por los partidos «marxistas» (¡¡!!) de Italia).

Esta posición histórica no contrasta, pues, con los fundamentos rebatidos sólidamente incluso cuando se habla de las relaciones de los «comunistas» con los otros partidos proletarios. Ante todo son definidos tales aquellos que sostienen: «organización del proletariado en partido de clase —derrocamiento de la dominación burguesa—, conquista del poder político por parte del proletariado». Desde Lenin en adelante no se cuestiona que tal conquista es la armada, no la legal. Además, los comunistas son los que «defienden siempre el interés del movimiento en su conjunto, en cada estadio de la lucha entre proletariado y burguesía» y «luchan para alcanzar objetivos inmediatos en interés de las clases trabajadoras, pero en el movimiento actual representan siempre el futuro del movimiento». Retornados sobre este criterio fundamental, es necesario reanudar, a largos saltos, el «hilo» cronológico.

Hoy

Los aliancistas tipo primera guerra mundial y tipo segunda guerra mundial, para nada quebrantados por el largo curso de desarrollo capitalista que relegaba a las tinieblas del pasado las posibilidades de restauraciones feudales y de hundimientos del sistema social y político burgués, han puesto las fuerzas proletarias a disposición de partidos, de regímenes y de gobiernos burgueses, sin el más mínimo miramiento para los fines de clase del movimiento general. No han intentado ni siquiera demostrar, que la alianza era un trámite hacia el fin revolucionario futuro, o lo han hecho en los primeros pasos de la carrera hacia el retroceso, tímidamente y en círculo restringido de partido, y cuando tocan esta tecla lo hacen para embrollar a los grupos radicales de los proletarios, que por desventura encuadran.

En toda su actitud, agitación y propaganda, han abrazado sin reservas los fines y las consignas de la alianza, a la que se habían entregado en alquiler, sustituyendo totalmente las directrices específicas de partido. Y esto a pesar de que, en uno y otro caso, existiesen ya partidos consolidados, con verdaderas posibilidades de acción y de maniobra táctica, con amplia implantación de prensa y de difusión pública de las propias directrices.

En 1850 la Liga de los Comunistas todavía era una niña, con pocos adherentes, clandestina y perseguida en todas partes, y ya lanzaba circulares con la táctica de alianza, referida aún a Alemania; estaba enfocada de modo muy distinto. Al prever movimientos de insurrección de los demócratas burgueses, la Liga subrayaba, que rápidamente, después de esos movimientos, la burguesía se volverá contra el proletariado que la ha ayudado (tema dialéctico central también de todos los estudios de Marx sobre las luchas sociales francesas).

No por eso se prescribe el no participar en la lucha armada contra el absolutismo feudal. Pero recomienda sobre todo la autonomía del movimiento. El partido democrático de burgueses y pequeño-burgueses, invita a los obreros a la unión para absorber las fuerzas en un movimiento «en el que prevalezcan las frases socialdemócratas comunes». «Una tal unión debe ser pues rechazada del modo más tajante. Para el caso de una lucha contra un enemigo común no se necesita una unión especial...». Los obreros comunistas serán los primeros en combatir, pero permanecerán en sobre aviso y preparados para un cambio de frente. «Sobre todo, los obreros deben contener las explosiones de alegría por la victoria, de entusiasmo por el nuevo estado de cosas..., mantenerse reservados..., mostrar la máxima desconfianza hacia el nuevo gobierno. En una palabra, desde el primer momento tras la victoria, la desconfianza ya no debe estar dirigida contra el partido reaccionario vencido, sino contra sus mismos aliados de ayer, contra el partido que sólo quiere explotar la victoria común». Los obreros comunistas todavía empujarán la lucha hacia adelante. Es éste el texto que le dio a Trotski, para Rusia, la sugestiva consigna de la «Revolución permanente». Fecha, marzo de 1850.

Son demasiados los capítulos del balance del aliancismo, al inicio, en verdad, una útil enfermedad infantil del socialismo, hoy, como sostenemos nosotros, militantes de izquierda desde hace varios decenios, maldita peste del mismo.

Pero aquella indicación genial ante el reprimido entusiasmo, que puede parecer de un peso secundario, echa sobre la cuestión un verdadero haz de luz.

Los intervencionistas de 1915 se llamaron «revolucionarios». Pasaron a la democracia, a la guerra y a la Patria pretendiendo tomar una vía que les habría reconducido a la revolución proletaria; de desescombrarle un obstáculo a esa. El periódico «Popolo d'Italia» de Mussolini continuó llamándose socialista. Pero caído el enemigo común, el moldeado «militarismo teutón», fue imparable la orgía de entusiasmo. No podía ser de otro modo, puesto que no se había realizado una táctica distinta con los ojos fijos en el fin «del movimiento general»; se había pasado simplemente al servicio de los fines burgueses. Y los entusiastas del noviembre victorioso, que ahora todavía se celebra, como se celebra la entrada en Trieste por el caza Audacias con Vittorio (CGIL) a bordo, aunque ya no exista ni el caza ni Trieste ni Vittorio ni la Victoria; se alquilarán para siempre a la patria, a la democracia y por consiguiente a la burguesía y al Capital.

Aquél proceso no de «revolución permanente» sino de «revolución retroflexa» nos gusta definirlo históricamente como *mussolinismo*.

La gesta de los aliancistas antifascistas de la segunda guerra ha arruinado el proceso mismo. Por intercambio dialéctico, estaba precisamente Mussolini en el clásico lugar de *enemigo común*. Los aliados, los Coaligados, los Blocardistas de 1943–45 eran tan poco marxistas que han consumido una verdadera e indecente borrachera de entusiasmo, entre los himnos a la renovada revolución burguesa y liberal, a la reconquistada gloriosa patria italiana, a la definitiva unidad callejera nacional de todas las clases, revoloteando sobre ella el espíritu del Duce a pesar de que el cuerpo pendiese colgado por los pies.

Si en el campo de los aliancistas, alguno estaba aún bajo un vago olor de marxismo —no para nosotros, por cierto— la abjuración se hizo definitiva desde la fase de *euforia* entusiasta, que tanto fastidiaba en 1850 al redactor de la modesta «circular» comunista.

Alguna riña se produce hoy entre los regocijantes danzarines de áureos días recientes. Pero se requiere otra cosa para esclarecer la negra y tenaz pez de la traición.

Cuando quieren atacarse a muerte se intercambian el supremo ultraje de «fascistas». Su contienda da asco, porque ninguna de las partes tiene tanto valor como para «dirigir la desconfianza no contra el partido vencido, sino contra los aliados de ayer». El planteamiento histórico es muy otro: aquél no era un partido feudal o reaccionario, era un partido burgués, como lo son hoy estos dos grupos de granujas.

USA—LUCHA OBRERA Apariencias y realidades en la huelga de «UPS»

Si vamos al fondo de la cuestión, o sea, a la situación general de las relaciones del mercado (de la ley de la oferta y la demanda) de trabajo en Estados Unidos, podremos observar y verificar, que ha mejorado mucho para los trabajadores con relación a 1991–92. Se afirma que se está viviendo «la mayor escasez de obreros desde Vietnam», que algunos estados como Michigan y Ohio gastan millones de en anuncios y propaganda para atraer obreros especialistas a sus empresas desde otros estados. Que las compañías de ambos estados están subiendo los salarios y los beneficios sociales para conseguir en otros estados el tipo de mano de obra que necesitan.

Es en este ambiente, en este caldo de cultivo, donde se vienen produciendo una serie de huelgas y de amenazas de huelga, que arrancan mejoras de cierta importancia para los asalariados. La principal mejora es que están invirtiendo la tendencia individualista y derrotista, que se había venido generalizando con las aplastantes derrotas de las larguísimas y durísimas huelgas contra las reconversiones y los recortes salariales impuestos entorno a 1978–88.

La huelga de dos fabricas de *Delfhi Automotive*, filial de componentes de *General Motors*, el verano del año pasado abrió las puertas a esto que ya parece ser una tendencia. Al menos otra decena de fabricas de componentes o de montaje de automóviles de General Motors han ido a la huelga después, consiguiendo paralizar los planes de reconversión, y arrancando algunas mejoras. No debemos olvidar que GM es el mejor termómetro al ser la primera firma norteamericana y mundial por facturación (168.369 millones de dólares, unos 25 billones de pesetas en 1996) y empleo (647.000 empleados en 1996) de mano de obra, estando establecida en casi todo el mundo. Con un abanico salarial que va desde los 43 dólares a la hora, que cobran los empleados de las fabricas de GM en

EEUU, a los 28 dólares la hora los de Delfhi Automotive, a 1,70 a la hora los 70.000 empleados de las fabricas de GM en México, hasta menos de medio dólar a la hora en algunos países asiáticos. Siendo en ésta pintoresca selva donde deben desarrollarse día a día las relaciones entre el trabajo asalariado y el capital.

Como decimos, ha sido en este ambiente, donde la patronal ha venido multiplicando sus beneficios año tras año desde 1993, donde se ha producido la huelga de *United Parcel Service* (UPS), el 4-8-1997. Veamos algunos datos o rasgos de ésta empresa:

UPS tuvo unos ingresos en 1996 de 22.400 millones de dólares (unos 3,5 billones de pesetas), maneja cada año 3.150 millones de paquetes, cartas y documentos que se expiden a 200 países, desde sus 1.700 centros.

La UPS controla el 63% de todo el mercado de paquetería, cartas y documentos (en algunos tipos de envíos controla más del 80%) en Estados Unidos. La segunda empresa del sector, Federal Express, controla el 13,4%, les sigue el Servicio Oficial de Correos con sólo el 6,1% de los envíos.

UPS se fundó en 1907 como servicio de mensajería en bicicleta. Hoy cuenta con 310.000 empleados en EEUU y otros 37.000 en el extranjero. Posee 147.000 vehículos por tierra y aire (con 197 reactores en propiedad y otros 302 aviones alquilados). A esta acumulación de capital no han llegado por casualidad, sino explotando ferozmente a los trabajadores.

Cronometran «los movimientos de los trabajadores hasta la milésima de segundo», los conductores deben caminar «un metro por segundo», midiéndoles la distancia desde donde se apean de la furgoneta hasta el punto de entrega de los paquetes, y estableciéndoles el tiempo de entrega para cada centro, empresa o vivienda.

Los contratos a *tiempo parcial* y por *tiempo determinado* (eventuales) suponen o afectan al 60% de la plantilla de UPS. Contratos que se han venido multiplicando desde inicios de los años 80. Estos trabajadores cobran a 11 dólares la hora trabajada en lugar de 20 dólares que cobran los de contrato a jornada completa. Los contratados a *tiempo parcial*, además de «salarios de subsistencia», carecen de «derechos ni contribuciones sociales». «Desde mediados de la década pasada, este tipo de contratos se ha extendido por el país como una de las principales estrategias para la reducción de los costes salariales» (El Mundo, 20-8-97). Esta ha sido una de las causas principales, sino la principal, de la recuperación y de la actual bonanza de la economía norteamericana.

La huelga de UPS fue secundada por camioneros, oficiales de correos y cargadores. La AFL-CIO «no solo se ha encargado de las contribuciones sociales de los huelguistas, sino que los ha sacado a la calle en numerosas manifestaciones —a veces violentas— olvidadas ya en la próspera economía norteamericana» (El Mundo, 20-8-97). El diario de economía, *Expansión* (20/8/97), califica así el choque: «Una huelga como las de mediados del siglo pasado (...). Carreteras cortadas en todo Estados Unidos, eslóganes y medio país paralizado». Es decir, que los contrarrevolucionarios profesionales del sindicalismo oficial o estatal, aún saben organizar huelgas duras. Hasta el punto de que la revista inglesa *The Economist* ha calificado el resultado de la misma como «el mayor triunfo del movimiento sindicalista en Estados Unidos». Y también saben pedir apoyo y solidaridad a nivel internacional los sindicaleros yanquis:

«El número dos de la central sindical norteamericana AFL-CIO visitará Bruselas esta semana para organizar una campaña mundial con dirigentes de los sindicatos europeos en apoyo de los huelguistas de *United Parcel Services-UPS*» (5 Días, 19-8-97). ¿Qué era lo que se estaba jugando la AFL-CIO y el Partido Demócrata para recurrir a una huelga con métodos del siglo pasado? He aquí algunas respuestas:

UPS «pagará pensiones de 30.000 dólares al año a los trabajadores que se retiren después de 30 años en la casa, y además no quitará al sindicato el control sobre los fondos de pensiones» (El País, 20-8-97). «La dirección de la compañía abandona, por tanto, su pretensión de individualizar los planes de pensiones de sus trabajadores» (El Mundo, 20-8-97). Ron Carey declaró «que ha sido rechazada la pretensión de la empresa de crear un nuevo plan de pensiones, uno de los puntos más conflictivos» (*Expansión*, 20-8-97). Los sindicatos norteamericanos al controlar los «fondos de pensiones» de miles de grandes empresas, controlan la inversión de decenas y decenas de miles de millones de dólares, si les quitan, como pretendía UPS, el control de los «fondos de pensiones», les quitan su poder y su sostén económico. Esta ha sido la causa principal por la que han organizado este tipo de huelga, *al estilo del siglo pasado*, en

UPS, ya que si se hubiese impuesto la política de la empresa, otras muchas hubieran retirado también a la *empresa de servicios sindicales*, AFL-CIO el control sobre sus fondos de pensiones.

El Partido Demócrata y Clinton, tienen gran interés en conservar su fuente de financiación, su vivero político, y a sus activistas de la AFL-CIO.

El *apoliticismo* de los sindicatos norteamericanos (o de cualquier otro país) es una estruendosa falacia; como muestra su apoyo público con miles de millones de pesetas a la campaña de Bill Clinton: «Jugar a la política en Washington exige, sin embargo, importantes desembolsos económicos y a Sweeney no le duelen prendas en reconocer que en la última campaña el sindicato contribuyó con 35 millones de dólares (unos 5.300 millones de pesetas) a la campaña del Partido Demócrata» (5 Días, 19-5-97). Estas son algunas razones de peso de por qué Clinton no ha firmado el decreto suspendiendo durante 60 días la huelga de UPS, habiéndola apoyado desde el Estado:

«El acuerdo se logró, en parte, gracias a la mediación federal, encabezada por la secretaria (ministra) de Trabajo, Alexis Herman, quien dijo estar satisfecha porque «quien estaba en peligro aquí eran los trabajadores»» (El País, 20-8-97). La dirección de UPS había pedido reiteradamente la intervención del estado, en este caso de Bill Clinton, para prohibir la huelga o cuando menos suspenderla durante 60 días ¿Por qué no ha intervenido Clinton en ésta ocasión? ¿Por qué anunció ya el primer día de huelga, que «esta vez la Administración Central no intervendrá»? (El País, 5-8-97).

¿Alguien piensa o cree que el gobierno de Clinton ha pasado a ser más favorable a los intereses obreros, por su actitud en la huelga de UPS? Los hechos cantan sólo dos días después del final de la huelga de UPS: «Bill Clinton impuso ayer un periodo de espera de 60 días para evitar una huelga de trabajadores ferroviarios de la compañía AMTRAK, en demanda de mejoras sociales, anunciada para el 5 de septiembre» (El País, 22-8-97). Ésta es la vieja y la nueva política del gobierno Clinton.

Debemos resaltar, que las conquistas alcanzadas para los trabajadores de UPS son muy contradictorias si se analizan sosegadamente.

La empresa, mientras que conseguía dejar a 15.000 trabajadores temporalmente en la calle (aduciendo la pérdida de mercados y la lenta reorganización del trabajo como consecuencia de los efectos de la huelga), se compromete a crear 10.000 empleos fijos en los próximos 5 años, poniendo límites a la subcontratación de trabajos a terceros. Este es un proyecto (crear los 10.000 empleos fijos) a 5 años vista, mientras que los 15.000 despidos ya se han impuesto.

Y el aumento de los salarios, aún siendo importante, no elimina, sino que mantiene, la contradicción principal, como es el que: «los empleados de jornada completa ganan 20 dólares (3.100 ptas.) a la hora, mientras que uno que lo hace a tiempo parcial percibe 11 dólares (1.705 ptas.), un 55% menos» (El País, 15-8-97). Con los acuerdos pasarán a cobrar 23,10 y 15 dólares a la hora durante los próximos 5 años. O sea, que se mantiene la desigualdad sustancial y la división entre trabajadores que realizan el mismo trabajo, dejando al 60% de la plantilla con casi un 50% de salario inferior por hora. Recordamos que aunque le diesen la jornada completa a 10.000 trabajadores en los próximos 5 años, entre los 310.000 que emplea la empresa sólo representan el 3,2% del total, con lo que el 57% de toda la plantilla seguirá dentro de 5 años con Contratos a tiempo parcial, con salarios de 15 dólares a la hora, sin seguridad social y sin derecho a pensión, pagadas o cotizadas por la empresa UPS.

Frente a la declaración del secretario de los *Teamster*, Ron Carey, de que «esta huelga va a marcar una nueva era», la prensa inglesa (*Financial Time*) la llega a calificar de «FANTASÍA». Pero *Wussiness Week* apunta dos cosas a tener en cuenta: «es importante que el público americano se haya puesto del lado de los sindicatos por primera vez en casi dos décadas», o que «después de seis años de expansión económica, los americanos se están cuestionando por qué hay tantos ciudadanos que no pueden optar por un trozo más grande del pastel». Es un hecho que esa ebullición, ese ambiente favorable a plantear reivindicaciones en las empresas comienza a estar presente entre los trabajadores, y las repercusiones de la huelga en una empresa tan conocida en EEUU como UPS deben acrecentar la ebullición y los movimientos reivindicativos. Esto también lo entendió hace al menos 2 años un sector de la burguesía yanqui, decidiendo colocar caras nuevas en la dirección de la AFL-CIO para que no engañe mejor y olvide su función de bomberos:

«Desde su llegada a la presidencia de la AFL-CIO hace año y medio (Sweeney) ha dejado claro que su misión es devolver al sindicato el poder perdido» (5 Días, 19-5-97). Los afiliados ganan una

media del 20% más que los no afiliados y sin embargo, el índice de afiliación no llega al 15% de los asalariados, unos 16 millones. Este gran jefe de bomberos sociales apunta hacia algunas causas y fines:

«En los años cincuenta, sesenta y primeros setenta existía un contrato social entre Gobierno, empresas y ciudadanos para trabajar juntos. Ahora esto se ha roto definitivamente y vivimos en una ola de reestructuraciones» (Ibí.). Es decir, han ayudado a la patronal y al Estado burgués a imponer la reconversión y los recortes sociales, como les vienen ayudando desde el siglo pasado, y ahora, cuando las condiciones generales del capitalismo yanqui son inmejorables, cuando la ley de la oferta y la demanda aplicada al mercado de trabajo comenzaba a ser favorable a los asalariados, por el altísimo índice de ocupación, cuando había llegado la hora para el movimiento reivindicativo clásico, para la lucha cotidiana entre el trabajo asalariado y el capital, en estos momentos favorables es cuando reaparecen los viejos bomberos sociales con su ejército de contrarrevolucionarios profesionales. ¿Para qué? Para canalizar y conducir el descontento y la lucha obrera inmediata hacia el viejo objetivo: hacia la restauración del viejo CONTRATO SOCIAL. Contrato Social que sólo cumplen los asalariados, puesto que patronal y gobierno lo arrojan al cubo de la basura en cuanto dificulta la consecución de sus planes.

Ayudar a lavarle la cara a estas *empresas sindicales*, no sólo es ayudarles a encubrir su pasado de continuos apuñalamientos a los obreros, sino que también se les ayudaría a preparar su encubrimiento para los apuñalamientos que cometerán formando equipos de matarifes con los patronos, apenas caigan los beneficios y llegue la próxima crisis cíclica y las próximas reconversiones industriales. No se debe olvidar, que la AFL tiene gran experiencia en absorber otros movimientos que surgieron fuera de su control organizativo y fuera de su línea política reivindicativa. Éste es el caso de la absorción e integración de CIO durante la crisis de 1929—34. Tarea en la que fue ayudada por el Estado, como de hecho también está siendo ayudada ahora para restablecer el *Contrato Social*, ilusionando a gente nueva y buscando la canalización de sus inquietudes sociales y de sus movimientos reivindicativos en las añejas estructuras antiproletarias de esa gran empresa capitalista conocida con las siglas AFL—CIO, para esterilizarlas y ahogarlas en la defensa del viejo *Contrato Social*.

La huelga de la UPS demuestra que sigue existiendo la clase obrera, el caldo de cultivo para que estallen luchas obreras y luchas clasistas. Y nosotros debemos saludar y saludamos a los trabajadores de UPS por su combatividad, pero también les decimos que deben luchar para acabar con las desigualdades entre trabajadores dentro y fuera de la empresa, o sea, que todos ganen lo mismo por cada hora trabajada y que tengan los mismos derechos sociales en cuanto a jubilación, Seguridad Social, etc.; reivindicaciones mínimas que la AFL—CIO y sus *Teamster* nunca van a asumir seriamente, ni van a defender con la dura lucha que requieren; planteándose en los hechos la necesidad de la ruptura organizativa y política con la línea empresarial de la AFL—CIO, dando vida a un movimiento sindical clasista.

Para la reanudación de las luchas obreras clasistas es imprescindible que los revolucionarios no nos dejemos llenar los ojos de humo con luchas controladas y bien orquestadas, como la de UPS, como los enfrentamientos interclasistas de Albania, etc.; entonces, en lugar de desenmascarar a los que apuñalan a los trabajadores, les estaríamos ayudando a disimular o a esconder el cuchillo.

VENEZUELA

El gobierno a la ofensiva mientras los trabajadores indefensos y sin conciencia de clase luchan por defender el salario

La cuestión del salario de los trabajadores se pone hoy en la palestra, mucho más cuando la inflación mete con más avidez su mano invisible en los bolsillos de los asalariados, para reducir su capacidad de compra. Se trata de un fenómeno que no es específico de la economía venezolana, sino un signo propio de la crisis que sacude al capitalismo a nivel mundial. Se trata de una crisis de sobreproducción, de inundación de los mercados con una avalancha de mercancías.

En América Latina y el Caribe, el Índice de Precios al Consumo pasó de 85,2% en 1982 a 424,8 en 1992. Esto quiere decir que para 1992, en la región los precios eran cinco veces mayores que 10 años atrás. En Venezuela el mismo índice pasó de 7,3 en 1982 a 58,9 en 1992, lo que indica que, en este período los precios se multiplicaron por 8, lo cual está muy por encima del promedio de la región.

Sin embargo, mientras los precios subían de manera tan vertiginosa, permitiendo a familias como los Mendoza y los Cisneros ubicarse entre las cinco más ricas de América Latina, el salario venezolano se convertía en uno de los peores de la región, permitiendo apenas cubrir el 30% de los gastos ordinarios de las familias trabajadoras. Según «ECONOMÍA HOY» (10—7—93): «Los salarios que perciben los trabajadores de bajos ingresos en Latinoamérica apenas alcanzan para cubrir un 41% de los gastos requeridos para la sobrevivencia; sin embargo, el caso particular venezolano es peor, puesto que el porcentaje se reduce al 30%, ocupando el puesto 14 de un total de 17 países».

Ya para finales de 1993, cuando seguía rigiendo el salario mínimo de 9.000 bolívares, se calculaba el salario mínimo necesario de un monto superior a los 18.000 Bs. Para julio de ese año, la inflación acumulada se ubicó en 37,6%, con lo cual, el salario mínimo debía colocarse por encima de los 24.768 Bs. Llegamos a 1997 y el salario mínimo nominal es de 15.000 Bs.

El gobierno nacional, a través de su vocero más apasionado, Teodoro Peckoff, ha planteado que mantendrá una disciplina fiscal basada principalmente en la reducción o contención del Gasto Público y en la contención de los salarios. El enemigo a vencer según el gobierno es la inflación. Y para vencer este monstruo hay que contener los aumentos salariales.

La propuesta del Gobierno Nacional en el incremento del salario de los empleados públicos se acerca a 100% pero toma como base un aumento nominal de solo 30%, única porción que impactaría en los pasivos laborales y 12 bonos, lo que en la práctica significa que se duplica el ingreso de los trabajadores.

Y aquí es donde aparecen en escena las Prestaciones Sociales. Según los voceros de la patronal, CORDIPLAN: «No se puede eliminar la política de bonificación, sin antes resolver el problema de las prestaciones sociales. Es una condición sine qua non que esto ocurra o de lo contrario es inviable crear un fuerte impacto en el salario mínimo sin que se haya tomado una decisión al respecto» (EL NACIONAL, Domingo 9 de febrero de 1997. Cuerpo E. Pág. E/1).

El reciente conflicto médico permitió observar el claro antagonismo entre el plan económico del actual gobierno (disciplina fiscal y freno a los aumentos salariales, dicen que para contener la inflación) y las aspiraciones salariales de los trabajadores. A tal punto que es inminente un acuerdo entre la CTV, Fedecamaras y el gobierno para modificar el régimen de prestaciones sociales vigente hasta los momentos. La paralización de las emergencias hospitalarias por parte del gremio médico fue señalada como un crimen. Pero este «crimen» se repetirá con mayor profundidad cuando sean las enfermeras y el resto de los trabajadores de la salud los que se lancen a la huelga.

Así mismo viene sucediendo con los trabajadores del magisterio y de las universidades. Y así se repetirá con los diferentes sectores del proletariado que osen promover la huelga en reclamo de aumento salarial. Cada sector que se levante con aspiraciones salariales y reivindicativas será señalado como criminal.

No hay que ser un catedrático universitario para darse cuenta de que quien es presentado ante la sociedad como el elemento antisocial, como la fuente de los males que aquejan a la economía es precisamente el proletariado. De esta manera, para los capitalistas y sus gobiernos, si se profundiza la crisis, si crece el desempleo y la miseria, si crece la inseguridad social de la población, todo será por culpa de la pretensión ciega e insensata de los trabajadores, de exigir aumentos salariales y defender sus prestaciones sociales.

De acuerdo al último informe del Banco Interamericano de Desarrollo sobre «el progreso económico y social de América Latina», Venezuela se encuentra entre los países que mantienen una fórmula de contratación rígida y registra un alto costo por despidos (EL NACIONAL, Domingo, 9 de febrero de 1997. Cuerpo E. Pág. E/1). ¡Ajá! Ahora vemos las verdaderas intenciones de los capitalistas. La eliminación de las Prestaciones Sociales de los trabajadores no es para salvar a estas de la inflación, como ha dicho el gobierno. LO QUE PRETENDEN ES REDUCIR SUSTANCIALMENTE EL COSTO POR DESPIDO. La cuestión es facilitar a los capitalistas el despido de trabajadores. Todo se reduce a un problema de costos de producción.